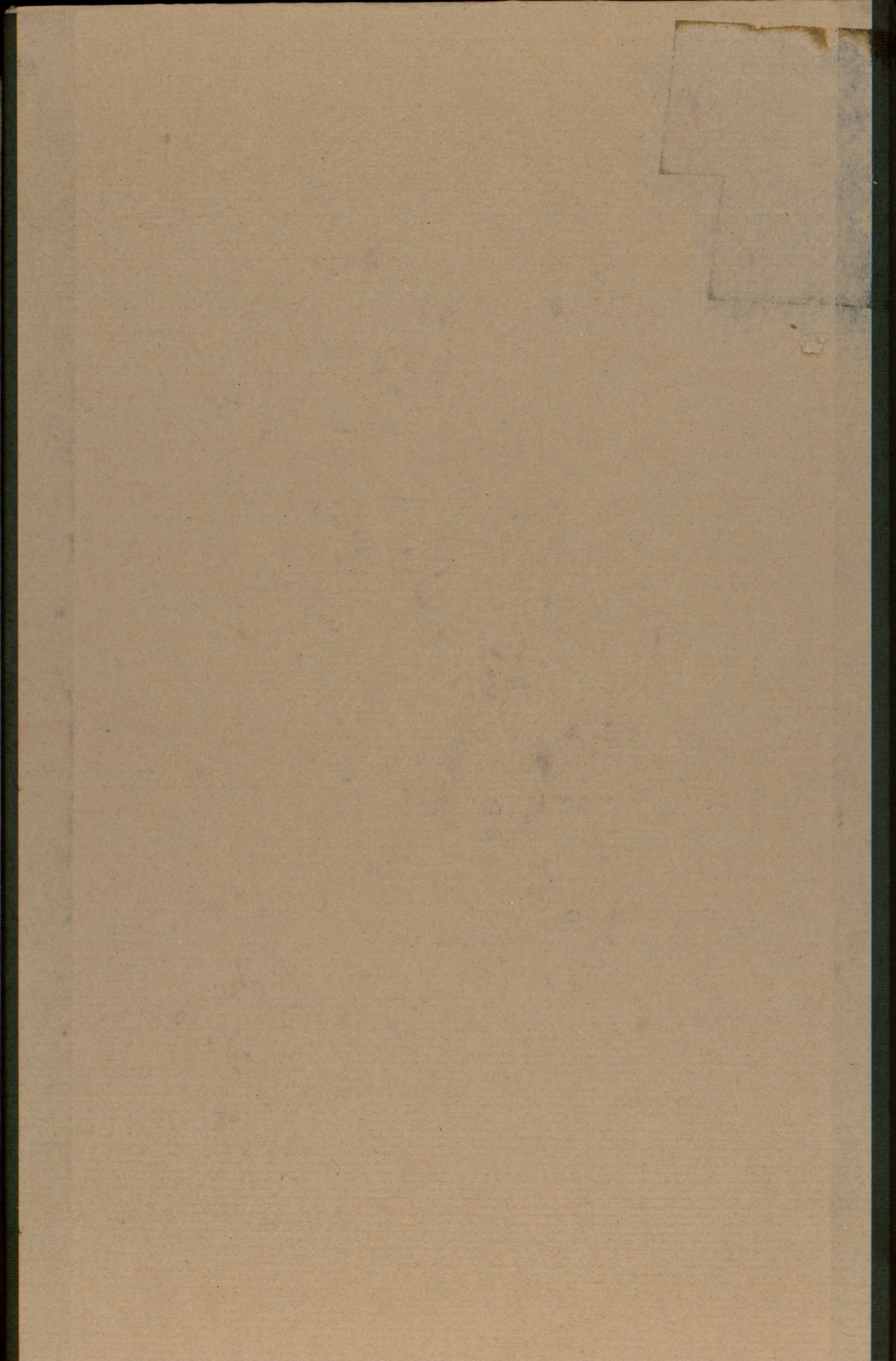




EL ÓMINIBUS

C.1

R.2347



UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.



SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos ídem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Coslanzo.— Dos ídem del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabrilie, y un grabado suelto perteneciente á la primera de estas tres obras. En el número próximo la continuación de todas ellas.

LA CONDESA MALVINA Y SU COMPLICE.

Hacia el año de 1835 existía en Madrid una marquesa viuda y rica, que era al mismo tiempo un tipo de rara belleza: sus hermosos y rasgados ojos, sus negros cabellos, la perfecta regularidad de sus facciones y su suelto y flexible talle, todo nos daba á conocer en ella una de esas mugeres que tiene el privilegio de crear el suelo de España.

Esta linda criatura se llamaba, cuando era jóven, Malvina de Céspedes. Había estado casada con un baron inglés, muy rubio, muy taciturno y muy flemático: en los diez años de matrimonio acostumbraba á hablar como dos veces por semana; y todo su tiempo lo empleaba en cazar liebres y conejos, en ponerse y quitarse botines, y en leer á Newton y las noches de Young.

Al cabo de diez años de tan pacífico y monótono himeneo, murió el baron, de fastidio y de una indigestion de perdices escabechadas. Hicieronsele magníficos funerales, poniendo sobre la lápida de su sepulcro que había sido buen esposo y buen amigo.

No bien envió la marquesa, cuando se vió por todas partes rodeada de adoradores. Pero uno solo fué el que logró cautivarla, que era el conde de Riodorido, quien en la edad de veinte á treinta años había sido el primer elegante de la corte, y ya se creía libre de los ataques de Cupido, cuando al salir una noche del coliseo del Principe, quedó prendado de Malvina, á quien vió bajar la escalera, llamando la atención de los mirones que estaban formados en dos filas á uno y otro lado de ella.

Decidióse pues la boda, y á fin de celebrarla, la marquesa viuda solicitó, entre otros documentos, su fé de bautismo en la parroquia donde había nacido.

Con mucha intranquilidad esperó Malvina este deseado documento. Su futuro lo recibió y lo recorrió con ese interés que debía inspirarle el

testimonio auténtico del día en que vino al mundo su prometida.

—Precioso hallazgo, dijo con grata sonrisa, Me habían dicho, marquesa, que tendais treinta y cinco años. Es una calumnia que se encarga de desmentir vuestros encantos; pero á que este papel contesta de un modo oficial.

La marquesa examinó aquel documento tan fatal á su juventud, y no pudo menos de sorprenderse alegremente: la partida de bautismo ponia su nacimiento en 1805.

—Aun quisiera, dijo la marquesa para disimular su emocion, tener diez años menos.

—¿Para que, si sois aun jóven?

—Para vivir ese tiempo mas á vuestro lado.

Un mes despues se celebraron las bodas, y los esposos volvieron á Madrid, despues de haber pasado algun tiempo en una bellissima casa de campo en Andalucía.

Muy pocos dias despues de volver á la capital, avisaron á la condesa que un jóven como de

rante vuestra ausencia, y se ha retirado siempre muy inquieto y agitado.

—Ese es tal vez, dijo la condesa con desdenosa sonrisa, alguna de mis victimas, que viene á echarme en cara lo que él llamará mi desden y mi inconsecuencia. Lucia, di á ese desgraciado que entre.

Abrióse la puerta y presentóse un jóven de aspecto melancólico, cuyo traje revelaba su escasa fortuna. Volvióse á cerrar de nuevo; pero Lucia, que en esto de curiosidad estaba al nivel de lo mas elevado de su sexo, se quedó escuchando la conversacion. De ella, no obstante, solo pudo percibir este diálogo.

—Por Dios, no vaya vd á descubrirme, decía la condesa.

—Pero, señora, si algun dia se pudiese de manifiesto esa equivocacion, ¿cuál sería mi porvenir?

—¡Su porvenir de vd! Yo me encargo de él desde ahora, dijo la condesa.

—¿Es posible, señora?
—Sin duda alguna. Veamos. ¿Que sabe usted hacer?

—Señora, escribo con buena letra y muy correctamente mi idioma. En mis funciones de escribiente solo me he equivocado una vez...

—Está bien, está bien, le replicó la condesa impaciente. Mañana recibirá vd. noticias mías; pero por Dios, no cometa vd. alguna imprudencia.

—No, señora.
—Sobre todo, no desvelo á nadie.

—Absolutamente á nadie; esté vd. tranquila.

—Que sea un secreto entre los dos.

—Inviolable.
—¡Ah!... ¿Cómo se llama vd. y dónde vive?

—Luis del Valle, en la calle de Embajadores, número 40.

—Muy bien; señor don Luis, hasta luego: si es vd. prudente y discreto, tendrá en mí una nueva Providencia.

● El jóven se retiró, y en seguida la condesa tiró de la campanilla, y sacando de un precioso bolsillo dos onzas de oro, dijo á Lucia:

—Que vaya Juan al instante á llevar este dinero á don Luis del Valle, calle de Embajadores, núm. 40.

Poco despues entró su marido.

—Amigo mio, le dijo su esposa con graciosa sonrisa, tengo que pedirte un favor.

—Di pronto, querida mia: tus deseos son man-



Ten la bondad de escribir que yo dictaré.—Pág. 2.

veinte años queria hablarle sobre un asunto muy reservado.

—¿Qué quiere? preguntó la condesa á su camarera.

—No lo sé, señora: ha estado mil veces du-

datos para mí.

—Tengo un protegido, á quien quisiera sacar de la humilde posicion en que se encuentra.

—¿Un protegido? querida Malvina. ¿Y quién es? ¿En qué se ocupa?

—Es un pobre muchacho que va á escribir á un despacho parroquial, donde por una pezeta diaria copia partidas de bautismos y de matrimonios. Tiene una hermosa letra y alguna capacidad. ¿No podría hacerse algo en su favor?

—¿Y por qué tienes tanto empeño en su colocacion?

—Porque sus padres han sido dependientes de los míos, y conservo cariño á toda la familia.

—Basta, pues, dijo el conde; veré al ministro de Fomento, y estoy seguro de que mañana mismo será empleado tu protegido.

Y en efecto, dos dias despues recibió Luis del Valle el nombramiento de escribiente de dicho ministerio con cuatro mil reales.

Este no fué, sin embargo, mas que el primer paso de los que dió nuestro buen jóven en su rápida carrera de empleado. Gracias al favor de la marquesa, y á que, sea dicho en verdad, no carecia de disposiciones, ascendió dos años despues á auxiliar con doble sueldo; muy luego obtuvo un ascenso en esta misma clase, poco despues llegó á ser oficial efectivo con diez y seis mil, y mas tarde gefe de seccion. Nuestro hombre se acomodaba perfectamente á sus cambios de posicion, á favor de los cuales crecia cada vez mas su ambicion, al paso que todos veían con escándalo sus rápidos ascensos.

Hace algunos años que don Luis del Valle, que no se presentaba en casa del conde sino en dos ó tres reuniones que se solian dar en el invierno, se hizo anunciar á la condesa. Ya no era nuestro Luis aquel jóven pálido y sentimental que antes pintábamos, sino un caballero apuesto y elegante, con todas las condiciones exteriores de un hombre que disfrutaba de comodidad y bienestar.

—¿Qué me trae vd. de bueno, señor don Luis? le dijo conmovida la condesa.

—He querido, señora, tener el gusto de ofrecer á vd. mis respetos.

—Se me figura que trae vd. aire de manifestarme algun deseo.

—En efecto, señora: solo que casi no me atreva á revelárselo á vd.

—Hable vd., hablo vd., dijo la condesa inquieta y sobresaltada.

—Pues bien, señora: sepá vd. que soy el único de los gefes de seccion de mi ministerio,—y esto es una cosa muy humillante para su protegido de vd.—que no tiene...

—¿Qué?

—Una condecoracion! dijo Valle con aire de la mayor humildad.

—Acabáramos, dijo la condesa. Pero no tenga vd. cuidado; el ministro se la dará á vd. en el primer despacho que tenga con la Reina.

La condesa cumplió su palabra, porque á pesar de las arrugas que ya surcaban su frente, era todavía bella, brillaba aun en los salones, y conservaba mucha influencia. Su protegido fué condecorado muy luego con la cruz de Carlos III.

Cualquiera otro se hubiera contentado con tan buena suerte y hubiera dejado de importunar á la persona á quien se la debía; pero nuestro hombre era insaciable, y aun queria seguir explotando la mina que tan pingües beneficios le habia dado en poco tiempo.

Cuatro años despues volvió con este objeto una mañana á casa de la condesa, que estaba en aquel momento en compañía de su esposo. Entonces la Malvina de otro tiempo ya no existía: solo habia allí lo que llamamos una señora respetable en toda la estension de la palabra: los negros cabellos de anillo estaban ya entremezclados con otros blancos; y aunque su talle conservaba toda su elegancia, la fisonomía habia perdido el brillo de la juventud.

—Hola, señor don Luis, dijo al ver entrar á nuestro hombre. ¿Vd. viene á pedirme los réditos de su silencio?

—¿Señora!... dijo el empleado entrecortado.

—Desgraciadamente, amigo, ya se agotaron mis tesoros, y además mi marido puede hoy saberlo todo.

—¡Ah! dijo el conde, este caballero es tu protegido, la persona de quien tanto me has hablado, para la que tanto he pedido?

—Si, amigo mío; tú le has sorprendido muchas veces al ver el interés con que te lo recomendaba. Voy á decirte el motivo. El señor era

en su juventud escribiente en un despacho parroquial.

—Me acuerdo perfectamente.

—Pues bien: en el desempeño de sus funciones incurrió en un error grave.

—¿Un error?

—Sí; al copiar mi fé de bautismo para nuestro matrimonio, puso 1805 en vez de 1800, y me quitó de una plumada cinco años.

—¿Es posible?

—Sí, amigo mío. Yo tenia treinta y cinco años cumplidos cuando nos casamos; pero gracias á la equivocacion del señor, creiste que no tenia mas de treinta. Una debilidad de mi parte hizo que yo consintiese una equivocacion que me lisonjaba, y este caballero se ha aprovechado admirablemente de ella. Un mismo interés nos unia en este asunto, porque descubierta la equivocacion, el digno sacerdote que habia firmado la partida sin apercebirse de ella, le hubiera hecho pagar caro su error: y hé aqui cómo este comun acuerdo ha hecho la suerte del señor don Luis.

—¡Cuánto lance en verdad, dijo el conde.

—Pero ahora, prosiguió la condesa sonriendo, se y dirigiendo la palabra á Valle, cinco años mas ó menos no me importan nada: hágame usted, pues, el obsequio de borrar hasta las huellas de esta larga y sostenida mentira.

—¿Cómo, señora?

—Corrigiendo el número y salvando la enmienda, pues todo está escrito de su letra.

Así lo hizo sin demora don Luis del Valle.

—Convenid, amigo mío, le dijo la condesa, en que soy una buena cómplice. Pero basta ya de lo pasado. Este último servicio que acabais de prestarme es mayor todavía que el otro, pues en él se rinde homenaje á la verdad; y quiero recompensároslo como merece. Mañana tendreis en vuestro poder el diploma de comendador de Carlos III.

—Señora, señora, dijo don Luis besando su mano con respetuoso afecto, ¿cuánta bondad!

El conde, que en el primer momento estaba dispuesto á enojarse por lo que oyó, se dejó seducir poco á poco por la graciosa y discreta manera como conducía su muger este asunto. Ella por lo pronto acababa de imponerle la obligacion de pedir una nueva gracia al ministro, y esto fué lo que despues de retirarse don Luis hizo presente á su muger.

—No, amigo mío, le dijo recordando esta vez la tenia pedida al ministro de Estado la condecoracion ofrecida, y me habia prometido dármela en el acto que se la reclamase. Ten la bondad de ponerle dos letras que yo le dictaré, y es el asunto concluido.

El conde obedeció y escribió al ministro en los términos que Malvina deseaba; pero al terminar la carta no pudo menos de exclamar:

—¿Una cruz de comendador por enmendar una fecha!

—Una cruz por decir la verdad, repuso con viveza su esposa. Ojalá se dieran todas por tan honrosos motivos. Y luego, amigo mío, confesad que hay aqui de mi parte algo que merece elogio. Yo soy la única muger en el mundo que ha recompensado con largueza al que la hace mas vieja.

El conde se sonrió, accediendo á todo, y la condesa remitió dos dias despues á su antiguo protegido una preciosa cruz de comendador de Carlos III. Don Luis vino á darle las gracias lleno de confusion y de reconocimiento. Desde entonces frecuentó mas y mas cada dia la casa, y ha sido en todas circunstancias el mejor y mas cordial amigo de los esposos.

LA ELECTRO-BIOLOGIA.

Los Estados Unidos se preocupan mucho en este momento de una nueva ciencia que lleva el nombre de electro-biología. No es enteramente una ciencia nueva: mejor conveniria llamarla una nueva aplicacion del poder de los fluidos mal debidos hasta ahora. La electro-biología obtiene resultados tan curiosos, que podrán muy bien antes de poco poner en revolucion, no diríamos á las academias, porque es propio de la digni-

dad de estas el no asombrarse de nada, sino á todos los salones y tertullas donde ofrecerá una serie de fenómenos mas indisputables que los de las mesas movibles que tanta sensacion causaron hace dos años en toda Europa y en nuestra España, donde todo el mundo se dedicaba á hacer bailar las mesas, sillas y sombreros, formando la cadena magnética.

Pocas personas hay en América que no estén al corriente del nuevo descubrimiento, pero aqui nadie se ha ocupado aun de él, y nosotros vamos á explicarlo, no científicamente, porque esto seria superior á nuestras fuerzas, sino de una manera sencilla al alcance de toda clase de lectores.

La electro-biología es la observacion de los fenómenos que se manifiestan en el organismo humano sometido á la accion simultánea y combinada de la electricidad mineral y de la electricidad animal. La asociacion de estas dos fuerzas produce efectos magnéticos muy interesantes.

Los medios que se emplean para obtener el resultado son de la mayor sencillez y al alcance de todo observador deseoso de conocerlos.

Colócase á la persona destinada á ser magnetizada en una silla cómoda, se le pone en la mano un disco compuesto de cobre y de zinc: se le encarga que fije su atencion sobre el disco y que aparte de su imaginacion toda preocupacion viva, extraña al experimento. Este trabajo de concentracion debe durar de quince á veinte minutos. Preparada así la persona, la sensibilidad magnética se desarrolla en ella en el mas alto grado. Entonces se acerca el magnetizador y la toca con una varita de metal, y por la sola accion de la voluntad se hace dueño de los nervios que dirigen tal ó cual movimiento de la persona. Así el operador dice: cerrad los ojos: la persona obedece. Se le toca con la varita y se le dice: abrid los ojos. Imposible: la voluntad del experimentador se ha sustituido á la de la persona: cualquiera que sean los esfuerzos que ésta haga, no llegará á abrir los ojos en tanto que la varita tiránica no haya dado una orden contraria á la primera: y es bueno advertir, que semejante resultado se obtiene sin sueño y sin ningun pase preparatorio magnético.

Otro ejemplo: el que tiene la varita manda á una persona que tartamudee: ya no puede articular con limpieza una palabra. Si le manda que cojee, que esté muda, que esté sorda, obedecerá con la misma infalibilidad, si es sensible á la electro-biología, porque es menester advertir que no todo el mundo es igualmente á propósito para experimentar sus efectos. El magnetizador coloca la varita sobre el órgano de la benevolencia, inmediatamente el rostro de la persona toma la mas afable expresion; se dulcifican sus miradas, embellece sus facciones una ligera sonrisa: manifiesta de la manera mas elocuente por su fisonomía el sentimiento de benevolencia que acaban de sobreescritar en ella. Toca la varita sucesivamente los órganos del orgullo, la veneracion, la cólera, y se ve alternativamente convertirse aquella misma fisonomía en altiva, admiradora y furiosa.

El doctor X... médico de grande inteligencia, ha tomado de la observacion de los fenómenos que pueden llamarse frenológico-magnéticos, la idea de servirse de ellos para ejercer una saludable influencia sobre la organizacion moral del hombre. Se ha inventado recientemente en Nueva York, un instrumento con cuyo auxilio se obtiene una exacta topografía del cráneo humano, y que da la suma relativa de las fuerzas de cada facultad con una precision matemática. Así, por ejemplo, tomando por número entero la cifra 20; el instrumento puesto en juego preguntado sobre las tres protuberancias: de la benevolencia, de la música y del orgullo dará, supongamos:

Benevolencia	10
Música	14
Orgullo	5

Se podrá afirmar que el individuo sometido al exámen, podría ser muy bien músico, y que tiene un tercio de benevolencia menos, y dos tercios de orgullo menos que de disposicion á la música.

Así, pues, puede establecerse exactamente el

balance de las fuerzas intelectuales y afectivas de cada uno.

En lo sucesivo los hipócritas no tendrán más que un recurso, el de llevar peluca...

El maravilloso y sagaz instrumento del doctor americano, ha encontrado grande y mucha oposición. Desde su aparición ha tenido, como todas las cosas nuevas, sus partidarios y sus detractores; pero estos en muchísimo más número que aquellos. Ha habido debates animados y discusiones violentas; pero todo quedó aplacado por la propuesta hecha por el doctor de someter el instrumento a pruebas públicas hechas sobre personas elegidas por un comité de notables. Aceptada la moción con entusiasmo, se abrieron en los dos campos apuestas en pro y en contra del instrumento. Cuantan que las apuestas subieron a la enorme suma de setenta mil dollars, ó sea un millón y cuatrocientos mil reales.

En el día señalado, el doctor, aunque muy confiado en su triunfo, aguardaba con cierta emoción a las gentes. Los apostadores arriesgaban su dinero en el experimento: él jugaba y esponía su reputación y toda la gloria de su porvenir. Hallábase, pues, cuidadoso el doctor. Miró al reloj, marcaba las doce: la cita era para la una, tenía aun tiempo de visitar minuciosamente su instrumento y de asegurarse de que todas las partes de él estaban corrientes. Sacólo de su estuche forrado de terciopelo y púsose á examinarlo detenidamente.

En aquel momento paróse á su puerta un magnífico carruaje. Tiraron violentamente de la campanilla, y el doctor oyó pronunciar su nombre.

—Preguntan por ti, vino á decirle la muger del doctor.

—¿Quién?

—Lo ignoro. Un lacayo con gran librea.

—¿Con librea dijo sorprendido el doctor. (En los Estados Unidos está prohibido el uso de las libreas, por ser contrario al sentimiento democrático de la gran república). ¿Quién puede ser? no importa, no puedo recibir hoy á nadie.

—¿Qué le digo?

—Lo que tú quieras. Que estoy fuera, ocupado, enfermo, da la excusa que te parezca.

—Es algun rico inglés, sin duda, replicó la muger, y vas á perder ese parroquiano.

—Tienes razon, apunta el nombre de ese extranjero.

Salió la muger del doctor.

Un momento despues volvió á entrar.

—Es el lord S... dijo llena de gozo.

Lord S... es un inglés cinco ó seis veces millonario, conocido por su activa simpatía por todos los descubrimientos nuevos. Hace algunos meses visitaba los Estados Unidos por diversion, dejando por todas partes recuerdos de su magnífica é ilustrada proteccion.

—¡Diable! el lord S... dijo indeciso el doctor; si no estuviere aguardando la comision...

—La comision no viene sino dentro de una hora, apenas son las doce y cuarto, respondió la muger, recibele.

—Sí, tal vez es un favor del cielo, exclamó el doctor; voy á aplicar al lord S... que asista á mi experimento.

Un momento despues vió entrar el doctor á un hombre un poco grueso, colorado, que cojeaba muchísimo apoyándose en los brazos de dos lacayos con libreas llenas de galones de oro, que como respetuosos autómatas le prestaban el servicio de ayudar á una de sus piernas, casi enteramente paralizada.

—¿Sois vos el doctor X...? dijo el lord S... al entrar.

—Sí, milord.

—Habeis hecho, segun me han dicho, un maravilloso instrumento.

—Esecelente al menos, respondió modestamente el doctor.

—¿Quereis hacérmelo ver?

—Al instante, milord.

El doctor enseñó su instrumento á lord S... explicándole detenidamente su mecanismo tan sencillo como ingenioso.

—Es admirable, dijo lord S... ¿pero estais seguro de no engañaros jamás?

—Perfectamente seguro, y si milord me hace el honor de asistir á los experimentos que van á hacerse aqui hoy mismo, quedará convencido.

—Quisiera mas, replicó lord S...

—¿El qué?

—Que hiciérais el experimento en mí mismo.

—¿Querría su señoría tomarse esa incomodidad?...

—Sí, os entrego mi cabeza. Vos no me conocéis, yo me conozco á mí mismo mejor que nadie, yo veré bien si vuestro instrumento comete ó no errores.

—Acepto de muy buena gana, respondió el doctor, solamente que hoy no puedo hacer esta prueba. Aguardo los miembros del comité elegido para juzgarme, hay, milord, comprometidas varias apuestas.

—Enormes, lo sé, pero no son mas que las doce y media, tenéis media hora, no es bastante?

—Sí, milord... sin embargo.

—Hoy ó nunca, dijo bastante bruscamente el lord S... hoy estoy seguro: os cojo desprevenido: mañana habreis podido enteraros de mi carácter: vuestras respuestas no tendrán para mí el mismo valor.

Comprendió el doctor la fuerza de la objeccion: no queria enagenarse la benevolencia del poderoso lord. Tomó en su mano su instrumento.

—¿Quién escribirá las notas? preguntó.

—Uno de mis criados, John: es muy atento John; venid aqui y escribid lo que os dicten.

John se habia mantenido separado con su camarada al extremo de la habitacion en que pasaba esta entrevista: acercóse á la orden de su amo.

Comenzó el experimento. El órgano de la benevolencia, situado como se sabe en la parte media superior de la frente, dió una cifra muy baja que asombró al doctor. Las facultades puramente intelectuales se encontraron muy medianas. Al cabo de un momento el doctor lanzó una exclamacion.

—¿Qué es eso? dijo lord S...

—Milord, tenéis lo que llamamos la *adquisibilidad*, es decir, el deseo de adquirir, de apropiarse las cosas, singularmente, y aun diré extraordinariamente desarrollado.

Sonrióse milord.

—No va mal, doctor. Me gusta, en efecto, adquirir: juego mucho á la bolsa, añadió: continuad.

El doctor siguió su exámen, y cada vez parecia mas atento á los resultados de su exploracion. Dictaba á John cifras delante de las cuales no decía las palabras correspondientes á ellas, de repente dió un grito de sorpresa y se detuvo.

—¿Qué tenéis? dijo milord.

Permaneció silencioso el doctor, y cogiendo su instrumento lo guardó en su estuche sin hablar una palabra.

—¿Se ha concluido? preguntó milord S... ¿la geografía de mi cráneo qué dice? ¿se ha concluido? repitió.

—No enteramente, milord; pero no podré concluir.

—¿Por qué?

—Está descompuesto mi instrumento, me da resultados evidentemente falsos.

—¡Diable! mal habeis salido en este punto: ¡mal agüero! sin embargo, decidme qué significan todos esos números que habeis hecho poner en linea á John.

—Dispensadme, por hoy temo haber cometido muchos errores.

—Explicadme todos esos garabatos, luego los rectificaremos si hay lugar á ello.

—¿Os empeñais, milord? Debo deciros que el exámen de vuestra cabeza me pone en la mas completa estupefaccion, encuentro á la vez en ella órganos de tal modo desarrollados y tan extrañas lagunas, las de la conciencia entre otras, que si no supiese á quien tengo el honor de hablar, creeria haber examinado la cabeza del mas gran...

Vacilaba el doctor, titubeaba.

—Del mas gran, ¿qué?

—Pues bien, del mas gran ladrón que puede hallarse en el mundo.

—¡Oh! dijo milord.

En aquel momento oyóse un gran paloteo de aplausos en la habitacion inmediata, y levantando una cortina los miembros de la comision del experimento hicieron una tropcion en la galeria del doctor.

—Teneis razon, sois un grande hombre, le gritaban á la vez todos sus amigos.

—¿Qué me queréis? ¿Qué hay? dijo aturdido el doctor.

—Hay, dijo uno de ellos, señalando á milord S... que este hombre es Walter D... el mas famoso ladrón de los Estados de la Union, al que hemos hecho representar el papel de un gran señor para prepararos una buena prueba.

—¿Cómo! ¿de veras es un ladrón? replicó el doctor, confuso y asombrado el mismo de su triunfo.

—Sí, y pueden certificaros del hecho sus dos carceleros aqui presentes, disfrazados de lacayos para ayudarnos en nuestro plan sin abandonar la vigilancia de ese prisionero.

—En efecto, dijo John, plantando su mano sin cumplido alguno sobre milord ayudado de su compañero, y ahora vamos á volverle á la cárcel de la ciudad.

Llevaronse á Walter D...

Los amigos del doctor ganaron los setenta mil dollars, y todo el mundo se rió y celebró mucho la aventura, aun los que habian perdido su dinero, encantados de haber adquirido una conviccion preciosa para todo americano: la conviccion de un importante paso y del progreso hecho en el camino de la ciencia positiva.

MISCELANEA.

INVENCIÓN DE LA PÓLVORA. Se dice comunmente de un hombre que no tiene talento: ese no ha inventado la pólvora.

El que ha inventado la pólvora tenia tal vez talento, pero no se ha servido de él para su descubrimiento. La invencion de la pólvora, como tantas otras muchas que han hecho ruido en el mundo, es debida á la casualidad.

Un monge, bastante poco conocido, Bertholdo Schwartz, natural de Friburgo, hacia la mitad del siglo XIV, estando machacando en un mortero una mezcla de carbon, azufre y salitre dejó caer en él una chispa que produjo inmediatamente una violenta explosion. Este monge era un hombre muy estudioso, y para aquellos tiempos un hábil químico. Estudió, hizo ensayos, y en poco tiempo estuvo en estado de fabricar verdadera pólvora de cañon. Segun algunos historiadores, los venecianos se sirvieron ya de ella en 1380. Desde aquel momento se trasformó el arte de la guerra. Despareció del mundo el tipo del caballero. Fué reemplazado por la bala de cañon.

La ciudad de Friburgo acaba recientemente de construir una fuente monumental adornada de inscripciones conmemorativas, y en cuya cascada ha levantado una estatua á Bertholdo Schwartz. Se puede elegir una estatua á la gloria del químico, pero á menos al menos permitido decir, que el inventor de la pólvora no tiene derecho á ser contado entre los bienhechores de la humanidad.

INVENCIÓN DE LOS MOSQUETES. Las armas de fuego portátiles, han sido empleadas en Asia por los musulmanes mucho tiempo antes que lo hubiesen sido por los europeos. La Frosigaler, que hizo un viaje á Tierra Santa á mediados del siglo XV, dice que habia visto en Damasco pequeños arcabuces que se disparaban los dias de gran fiesta.

En Europa los primeros que usaron los mosquetes fueron los españoles en 1521. Estas armas eran muy pesadas, muy lentas para cargarse, y no podian servirse de ellas sino poniéndolas sobre una especie de carena. En campaña los soldados llevaban ordinariamente las municiones, y los quintos ó bisoños llevaban el mosquete. Poco á poco este fusil primitivo, este fusil de mecha, se fué aligerando hasta llegar á la perfeccion que hoy tienen los fusiles. Pero en Inglaterra, en tiempo de Carlos I, se empleaban aun los arcabuces y se colocaban sobre piquetas.

COSTUMBRES CHINAS.

EL CASAMIENTO.

Vamos á dar á conocer á los lectores del OMNIBUS las ceremonias y costumbres del matrimonio en China. Existen dos clases de matrimonio; el primero se llama matrimonio legítimo; porque resulta de esta union que la muger entra á gozar el mismo rango y honores que su marido, y no puede ser repudiada sino en los casos escrupulosamente prevenidos por la ley. El segundo, es decir, el casamiento por segunda mano (kiatsie), no es mas que un concubinato legal. La muger que lo contrae toma el nombre de muger de segundo rango, al contrario de la primera que se intitula de primero. La muger de segundo está sometida á las ordenes y caprichos de la primera muger. ¡Cuán infeliz debe ser la suerte de esta clase de mugeres cuya felicidad puede de los celos de su rival y ducia, y que el amor del marido no pueda proteger!

La ley china, escrita en los templos en gruesos caracteres, permite la poligamia, y sin embargo, no es tan lato este permiso como algunos quieren suponer. En China no se pueden tener dos mugeres de primer rango, pero se puede tener del segundo todas cuantas el marido pueda mantener. Como para efectuar el matrimonio de primer

rango son necesarias ininidad de ceremonias y formalidades, referiremos solamente las principales y mas necesarias.

La ceremonia del casamiento se divide en dos partes: primera, el desposorio, y segunda el casamiento.

Nadie ignora la condicion de las mugeres en China. Pasan su vida encerradas en sus habitaciones, sin presentarse á la vista de los hombres hasta despues de estar casadas: de manera que necesitan un mediador para arreglar las condiciones matrimoniales. Triste cosa es tenerse que valer de un tercero para arreglar un negocio que rara vez sale bien cuando lo hace el interesado.

Hé aqui como se compone. Cuando un jóven desea contraer matrimonio en China, despues de haber obtenido el consentimiento de su padre y de su madre, encarga á un tercero vaya á solicitar el del padre y la madre de la jóven; si no los tiene, de su hermano mayor, y si no lo hay tampoco, de la autoridad del departamento. La intervencion de un magistrado en cualquiera clase de negocios es el espíritu de la legislación china. El emperador en China está considerado como el padre de todo el pueblo; cuyo nombre lle-

va, así es que su autoridad entra á suplir la autoridad paternal. Los gobernadores, que son sus representantes legales, ejercen en su nombre esta autoridad interviniendo siempre en los matrimonios.

Obtenido el consentimiento, los parientes de la jóven comunican al gobernador las proposiciones que el novio ha hecho, suplicándole medite seriamente si son ó no aceptables. Luego se obtiene el consentimiento de la jóven, pues á la fuerza no se la puede obligar á casarse. La jóven, despues de haber reflexionado, si acepta y da su consentimiento debe enviar un billete con ocho caracteres escritos. El novio los coge y lleva á casa del sacerdote, el cual los corta y los echa en un vaso sacándolos despues uno á uno. Si los caracteres al sacarse forman un horóscopo feliz se procede en seguida al matrimonio. Estos ocho caracteres se sacan del *King*, uno de los libros sagrados de la China, dos son relativos al mes, dos á los minutos del nacimiento de la jóven, Es casi como nuestras féas

el dia en que se ha de celebrar el matrimonio, procurando sea uno de los llamados *felices*. Es tal la supersticion en China, que no ha habido ejemplo aun de verificarse un solo matrimonio chino en dias llamados *nefastos*. Por lo regular siempre median algunos dias entre los esposales y el matrimonio. Llegado el dia, el novio monta en un caballo ricamente enjaezado, y va á casa de su prometida; delante lleva una silla de manos cubierta de flores y cortinas de seda; es la silla de la novia, á la cual se ha bautizado con el nombre de silla nupcial. Despues dos hileras de músicos; el novio sigue detrás acompañado de un inmenso cortejo de parientes y amigos.

Al llegar á la casa de la novia le recibe el padre y la madre; es de rigurosa etiqueta que estén esperando en el dintel de la puerta. Se apea el novio del caballo y habla con los padres, mientras que la jóven, envuelta en un tupido velo, es conducida á la silla de manos: luego que está dentro se echa la llave y se entrega al marido en señal del dominio que tiene sobre el objeto que encierra.

La comitiva se pone en marcha en el mismo orden que hemos dicho antes. La música llena los aires con su alegre melodía, y siguen así hasta llegar á casa del novio, unien dos á á la comitiva el padre, la madre y hermanos de la novia. Sucede muchas veces que el novio, no pudiendo resistir su curiosidad, abre la silla para ver si ha sido engañado. Si la muger no es de su gusto la devuelve á sus padres, pues como él no ha podido verla aun por estar espresamente pro-



hibido, y no teniendo noticias de su futura mas que por la relacion que el tercero que ha mediado en su casamiento haya podido darle, podria muy bien suceder que fuese engañado.

Al llegar á su casa el novio abre la silla de mano y acompaña á la novia para presentarla á sus padres, á los cuales promete la jóven amor, respeto y obediencia. Luego entran en la cámara nupcial donde se celebra la ceremonia de la copa. Uno de los parientes ofrece al novio una copa llena de vino; entonces el novio se la lleva á los labios, y levantando por primera vez el velo de su muger, la ofrece para que beba; ésta á su vez, y despues de haber bebido, se la da al marido, el cual la arroja al suelo para que se haga pedazos. Demostrando de esta manera que en adelante nadie podrá beber en la copa que los ha unido.

Un espléndido festin viene á finalizar tan singular ceremonia.

Al llegar á su casa el novio abre la silla de mano y acompaña á la novia para presentarla á sus padres, á los cuales promete la jóven amor, respeto y obediencia. Luego entran en la cámara nupcial donde se celebra la ceremonia de la copa. Uno de los parientes ofrece al novio una copa llena de vino; entonces el novio se la lleva á los labios, y levantando por primera vez el velo de su muger, la ofrece para que beba; ésta á su vez, y despues de haber bebido, se la da al marido, el cual la arroja al suelo para que se haga pedazos. Demostrando de esta manera que en adelante nadie podrá beber en la copa que los ha unido.

Un espléndido festin viene á finalizar tan singular ceremonia.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.